XI

Confidencias.

PARECE que los aires de Octubre no son del todo saludables en aquella ciudad, porque nadie dejaba de estar en la ocasión á que aludo, nervioso y agitado. La Gobernadora más inquieta y singular que nunca, mostraba, lo mismo que Candelarita, una exacerbación de sus achaques de nervios, que la ponía intratable. Llamábame á su casa más á menudo de lo que yo podía llevar en paciencia, muchas veces para nada, y al-

gunas para instarme con escaso disimulo á que estrechara mis relaciones con Remedios, sin hacer caso del Coronel. Su primogénita gastaba un humor de los demonios, y apoyando las instancias de la Gobernadora, solía hacer despreciativos gestos al hablar de la *famosa* hermosura de San Martín. Conchita no hacía más que asomar, y luego que oía el nombre de Remedios, volvía las espaldas y se metía en su cuarto.

Miguel demostraba una profunda preocupación, y en sus conversaciones conmigo, mezclaba en confusión extraña á Remedios con los Estados del *interior*, y los intereses públicos que había aprendido á traer siempre en la boca, con la declaración franca que pensaba hacer á Don Mateo de su amor á la pedreña. Resueltamente, opinaba como Vaqueril en el asunto aquél de política trascendental, y así lo manifestó al Gobernador en uno de tantos días de aquellos en que hablaban durante largas horas, enseñando el uno y aprendiendo el otro los principios de la gran ciencia.

Vaqueril estaba igualmente preocupado

y no pudiera ser de otro modo, puesto que el tiempo se venía con gran prisa, y graves acontecimientos tenían que suceder, que perturbarían, aunque fuese por breve espacio, la sosegada corriente de su mansa gobernación. Toda la elocuencia de Don Vicente Torvado había sido insuficiente para calmarle y poner tranquilidad en su espíritu: Vaqueril era hombre de pacífica condición, y si entraba en la danza era porque las circunstancias le necesitaban á elegir entre los dos extremos. En su aturdimiento, que en él reemplazaba á lo que puede llamarse preocupación, hablaba mucho con Torvado para aprender, con Miguel para enseñar, y con Roquete para divertir su atención de tan graves asuntos, y enderezarla á otros que, aturdiéndole menos, le interesaban más.

Pero lo más singular es que aquella agitación nerviosa se propagaba en todas direcciones, y hubo al fin de cundir entre los miembros de la *patriótica mutualista*, de lo cual dieron muestra en diversas sesiones, tamando la palabra hombres que siempre debieron dejarla quieta, no ya para proponer la conce-

sión de un auxilio á un compañero enfermo, ni para disculpar al ausente, sino para elogiar calurosamente á Pérez Gavilán, sin qué ni para qué, lastimando la modestia del sencillo abogado. ¿Que no quería? Pues á despecho de todas sus protestas no hubo remedio, y tuvo que aceptar una medalla que la sociedad le decretó y la declaración de ser benemérito de la *clase obrera*. Yo estaba arrebatado de entusiasmo, y mis compañeros Clemente y Julián, pasmados de admiración, abrieron la boca cuando al concluir la sesión en que todo aquello fué aprobado, Gavilán me dijo, dándome un estrecho abrazo:

—La mitad de estos honores le corresponden á vd., que es el mejor auxiliar de esta nobilísima institución.

Al despedirse de mí, me habló bajito:

—Venga á casa mañana en la noche. Tenemos que hablar.

El recuerdo de aquella noche me avergüenza; pero á fuer de historiador imparcial y pecador contrito, he de apurar el recuerdo y he de escribir lo que quisiera más bien olvidar Gavilán se encerró conmigo en su escritorio,

y dándome una prueba irrecusable de confianza ilimitada y paternal cariño, me reveló importantísimos secretos de política, con el sólo fin de hacerme un favor y ponerme sobre aviso.

Vaqueril tenía la convicción de que Remedios era una lugareña vulgar y fácil, pues aunque él ninguna prueba hubiera recogido de tal juicio, ni la conducta de la joven lo hiciera sospechar, Roquete lo aseguraba con datos clarísimos. Naturalmente, Roquete mentía para adular la torpeza de Vaqueril. No; no había que creer una sílaba de tales calumnias. Pero Don Sixto lo creia, y tenía para sí que con alejar á Don Mateo, y quedando sola Remedios, todas las dificultades serian destruidas de un solo golpe. Estaba, pues, Vaqueril, determinado á valerse de cualquier medio para alejar á Cabezudo, y había discurrido uno que consistía en enviarle con una comisión importante, que se inventaría, á la capital de la República ó á cualquiera parte en que pudiera dilatar un mes ó dos; todo sin que el Coronel lo comprendiera, para que dando al asunto calidad de

urgencia, no tuviese tiempo de llevarse á Remedios. Pero había una dificultad para poner por obra el proyecto, y era que según una ley del Estado, no podía concederse á los diputados, durante el período de sesiones, licencia para ausentarse de la capital; y tal era el empeño de Vaqueril en el asunto, que por iniciativa suya, se discutiría en la sesión próxima la derogación de esa ley.

Gavilán sabía todo esto, porque Roquete mismo le había dicho la mitad, y la otra él la adivinaba.

—Resumiendo, concluía el abogado; Don Mateo saldrá de aquí violentamente; su sobrina quedará sola, acompañada de criadas fáciles de ganar, y Vaqueril, inducido y engañado por Roquete, será capaz de cualquier desatino, que por moderado que sea, bastará para echar en el fango la honra de esa pobre niña.

¿Cómo había yo de contener mi indignación, mi despecho y mi rabia en aquel momento? ¿Cómo guardar reservas al hombre que acababa de demostrarme tan clara y ampliamente el cariño que me profesaba?

Pues sí; era verdad: quería yo, adoraba yo á Remedios, aunque aquel hombre infame se empeñara en mancharla, siquiera sólo fuera con sus impuros pensamientos. Yo velaría por ella, y antes mataría á todos los Vaqueriles y gobernadores del mundo, que consentir en que tocara su sombra.

—No, muchacho; me interrumpió Gavilán con su acento golpeado y breve; no habrá necesidad de recursos supremos si andamos listos y mi combinación se realiza pronto. Pero necesito saber cosas que importan para ponerlo en planta y.... Verá vd; es obra de una semana; en una semana todo queda concluido; y vd. mucho más alto que ese tonto de Cabezudo. Todo depende de un dato que no puedo conseguir. ·Hombre! ¡Qué diantre! Me ocurre que quizá vd. lo sepa, y ando como un loco, buscando este dato por todas partes.

—¿Cuál es? pergunté con ansiedad.

—Vd. sabe que hay preparativos para una revolución, que aunque que parece pacífica, puede llegar facilmente á las vías de hecho.

—Sí, señor; lo sé.

—Sabe vd. también que el Gobernador ha recibido cartas de los jefes del movimiento, y también otras de los que forman el gobierno actual.

—Sí, sí; también.

—Que hay gobernadores, generales y cuerpos del ejército comprometidos....

—Sí, sí; todo.

—Bien ¿Qué partido abraza el gobierno?

—El de la revolución.

—¡Magnífico! gritó Gavilán dando un salto en su asiento ¿Ha visto vd. las cartas?

—No; pero he oído hablar de ellas al Gobernador y á Miguel Labarca. Un día....

Y hablé media hora sin parar, examinando los más oscuros rincones de mi memoria para no dejar de decir ni aun lo insignificante. Mi propia relación me embriagaba; las pasiones exaltadas me enloquecían, y mi lengua repicaba sin consentir puntos ni comas. Sentía yo un extraño deleite en hacer aquella delación, y para saborearla bién, la prolongaba con minuciosidades inútiles y aun quizá con exageraciones falsas,

Cuando concluí, Pérez Gavilán me dió un abrazo y me dijo:

—Muy bién, muchacho, muy bién; quedo enterado de cuanto necesitaba saber para poner en práctica mi combinación, y antes de quince días la verá todo el mundo. Por ahora mucha discreción y mucha reserva. Dentro de poco tiempo estará vd. mucho más alto que Cabezudo, y le envidiará; y esa niña será de vd. como ambos merecen. Pero vaya vd. á buscarla, véala, háblele, ó por lo menos, escríbale unos renglones. Ahí está Pepa que le ayudará.

Salí de la casa de Gavilán, todavía embriagado por mis vehementes pasiones.

—¡Pepa! pensé.

Y corrí á la casa de Remedios.

XII

Un lance.

PARA aquella ciudad, la hora era avanzada, aunque faltara más de una para llegar á la media noche. Estaba el tiempo lluvioso y destemplado, como suele en el mes de Octubre, y si la oscuridad no era tan densa que cegara, impedía sí la distinción de los objetos, esfumados sobre un fondo casi negro. El viento frío y húmedo azotó mi ardiente cabeza cuando salí de la casa del diputado; mis pasos resonaban en la calle desierta con los ecos lúgubres de la soledad, y tan abstraido caminaba yo, en el confuso